

Educación y guerra contrarrevolucionaria. Una propuesta de Ciudad Católica-*Verbo*

Elena Scirica

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.

Como parte de una investigación más amplia sobre círculos de derecha y su relación con un discurso legitimador de la “guerra contrarrevolucionaria” en la Argentina de los años sesenta, esta contribución se propone analizar la relevancia otorgada a la educación y el sistema educativo en tanto espacio nodal de lucha ideológica y política concreta. Si bien se examinarán las inquietudes, diagnósticos y propuestas elaboradas por un grupo católico integrista durante el gobierno de Onganía, las mismas se entienden dentro del amplio horizonte signado por la Guerra Fría, los debates en torno al desarrollo y el despliegue de intentos autoritarios y tecnocráticos para realizar transformaciones estructurales en el país.

En ese marco, el período comprendido entre el derrocamiento de Perón, en 1955, y el ocaso de la autodenominada Revolución Argentina, en 1973, se desarrolló en un agitado clima político y cultural. Términos tales como proscripción, desarrollismo, modernización, tecnocracia, inestabilidad, entre tantos otros, constituyen puntos de referencia comunes al evocar esos años. Años signados también por el impacto de la Revolución Cubana, la Alianza para el progreso y frecuentes golpes de estado “preventivos”. Años, a su vez, en los que se articula la Doctrina de la Seguridad Nacional bajo el influjo tanto de la formulación francesa sobre la “guerra revolucionaria” como de las políticas de seguridad impulsadas por los Estados Unidos.¹

Dentro de este horizonte, los promotores de la guerra contrarrevolucionaria abordaron el problema educativo en un sentido amplio. Así, realizaron diagnósticos y formularon propuestas con ejes centrados en la formación humana, el sistema educativo en general y el funcionamiento universitario en particular. Justamente, la Doctrina de la Seguridad Nacional implicó una redefinición de la estrategia de guerra en función de la cual la vieja noción de enemigo externo, situado más allá de las fronteras territoriales, fue desplazada por la de enemigo interno, delimitado en términos ideológicos. En este sentido, el hombre –en su capacidad de intelección y discernimiento– es el centro y objetivo de esta lucha. De allí la importancia atribuida a la “acción psicológica” desplegada por los medios de comunicación social, la cultura y fundamentalmente la educación, a través de la cual se impregnan nociones centrales para la formación integral del hombre, como ser individual y social. Por lo tanto, la tarea de adoctrinamiento, su-

pervisión y control no sólo de contenidos sino también de pautas, valores y hábitos tuvo una importancia central en la propuesta contrarrevolucionaria.

Esta problemática será abordada de manera prioritaria a través del análisis de *Verbo*, publicación del grupo reaccionario *Ciudad Católica*. Cabe tener en cuenta que este grupo era parte integrante de un conjunto mayor que nucleaba perspectivas católicas integristas, de extrema derecha, decididas a aunar esfuerzos en pos de la contrarrevolución.² Así, varios de sus colaboradores participaron en otras publicaciones con apuestas similares, tales como Mikael, Cabildo o incluso el periódico *Nueva Provincia*.³

A partir de estas consideraciones, en la primera parte del trabajo se presentará en forma sintética el origen del grupo, su anclaje en la Argentina y el sentido de su apuesta contrarrevolucionaria. Luego de ello, se analizará el papel asignado a la educación, los valores espirituales que pretendieron promover y las políticas concretas propulsadas a tal fin durante el gobierno de Onganía. De este modo se observará el papel asignado al Estado, la Iglesia, los cuerpos intermedios y la familia, así como también su diagnóstico y recomendaciones para la vida universitaria. De este estudio se deducen, a su vez, una gama de políticas que permiten horadar los fundamentos de los impulsos represivos en el campo educativo que, si bien tuvieron mayor eco durante la última dictadura militar, se gestaron en un período previo.

Finalmente, con el propósito de ceñirnos a la finalidad propuesta, este trabajo dará por conocidos los avatares y procesos que se sucedieron en el período analizado, si bien se reconoce que los mismos actúan e interactúan con los actores en estudio.

“De las galias vienen llegando”: una virulenta propuesta ultramontana

Dios ha creado la familia como íntimo crisol de formación y ha querido que los hombres pasen por ella la tercera parte de su vida. [...] Formen los futuros jefes de la sociedad. Es ése también el papel de la Iglesia: educar, formar, puesto que ella es ante todo MADRE. “Carta de un sacerdote a un militar”. Verbo. Agosto 1959.

La “Ciudad Católica” se inspiró en la iniciativa del teólogo francés Jean Ousset, quien en 1946 fundó la *Cité Catholique*, cuyo medio de formación y difusión fue la revista *Verbe*. La influencia mundial de este boletín fue y es amplia, propagándose por naciones africanas –como Senegal y Nigeria–, europeas –como España, Suiza, Alemania Federal y Portugal– y americanas –como México, Chile, Brasil y Argentina–, entre otras. En ocasiones, la *Cité Catholique* realizaba encuentros con miembros eminentes del grupo donde se presentaban documentos, se los discutía y luego se publicaban en la revista.

Verbe se autopresenta como un órgano contrarrevolucionario, defensor último de la cristiandad amenazada por el comunismo. Algunos de sus miembros, como el sacerdote Jorge Grasset, fueron confesores y asesores espirituales de los generales que propul-

saron la lucha contra los insurgentes argelinos, quienes aplicaron la estrategia de la “guerra revolucionaria”.⁴ Sus teóricos, justamente, destacaron la base ideológica del conflicto y la importancia central de las comunicaciones y la información. Gillo Pontecorvo, en su afamada película “La Batalla de Argel”, mostró sin tapujos los métodos salvajemente represivos empleados para ello. El documental “Escuadrones de la Muerte”, de Marie-Monique Robin, confirma que los mismos fueron enseñados en la Argentina y en la Escuela de Guerra de París por militares franceses que actuaron en las guerras coloniales.

La perspectiva del mentor de la *Ciudad Católica* implicaba una reactualización del pensamiento antimodernista del catolicismo francés, que bogaba por la restauración de un supuesto orden perdido, anclado en la Edad Media, donde habría habido una comunidad orgánica y armoniosa, con una aceptación del principio de autoridad y una descentralización del mando. El catolicismo integrista enarbolado por Ousset implicaba que, en materia de compromiso temporal, el cristianismo tenía un contenido determinante, que debía imponer al hombre sus formas en todos los campos.⁵

Estas convicciones, además, estaban acompañadas por un programa de acción orientado a plasmar esa visión en realidad. Para ello, las Fuerzas Armadas fueron visualizadas como el único espacio a salvo de la infiltración, que mantenía los valores de tradición, orden y jerarquía, a la vez que obraban como baluarte anticomunista. Asimismo, Ousset postuló la necesidad de crear una elite cristiana que desde el poder modificara la sociedad e impusiera el “reino de Dios”. La incorporación y formación de ese grupo selecto tenía un papel central, ya que la *Ciudad Católica* rechazaba la organización en partidos políticos pues la consideraba como propia de una sociedad dividida, por oposición al ideal de una comunidad unida de manera jerárquica y armoniosa. Por ello, Ousset propulsó el empleo de una estrategia particular: la organización en grupos reducidos, a modo de células, de no más de ocho personas. Por este motivo, el boletín *Verbo* tenía un rol aglutinante, ya que través de la publicación se congregaban y discutían los miembros de las células, a las que dotaba de material para el intercambio y la formación.

Aquí, pues, ya se vislumbra la importancia asignada a la formación educativa desde sus pilares básicos hasta los superiores. Es decir que si la familia –visualizada como principio fundante del orden social e insustituible espacio educativo– se deterioraba en su papel formativo, el cuerpo social carecería de hombres fuertes, de carácter, capaces de enfrentar la vacuidad del mundo moderno. De allí la configuración de un caldo de cultivo susceptible de ser arrastrado por propuestas desintegradoras.

El espacio universitario también constituía un potencial espacio neurálgico susceptible de contribuir al deterioro y a la desintegración social. Así, Francisco Vocos, colaborador de *Verbo*, sostenía que debido a la reforma universitaria el problema se tornaba particularmente grave en la Argentina. Dicha reforma habría sembrado “*el espíritu de rebelión contra el orden tradicional y contra la Iglesia (...) La reforma fue*

*mostrando paulatinamente la naturaleza real del movimiento y apareció así, como un movimiento político que tiende a provocar la revolución social en América Latina y a configurar la vida de los Estados y de las sociedades americanas según los principios del marxismo comunista.*⁶.

La importancia atribuida a esta instancia de estudios superiores se comprende en el marco de convicciones elitistas, jerárquicas y verticalistas defendidas por el entramado de grupos católicos de extrema derecha al que pertenecía la “Ciudad Católica”. Al respecto, una perspectiva común partía de la convicción de que la vida universitaria debiera proveer de clases dirigentes al país. Pero si este espacio no funcionaba como correspondía, se generaría un vacío de clases dirigentes, se desquiciaría la cultura juvenil y perturbaría la cultura popular. En palabras del padre Julio Meinvielle –agitador ultramontano entusiasta, autor de una prolífica obra recomendada por Verbo–: “*La desintegración del país se está efectuando por causas culturales y se efectiviza, como en raíz, en la cultura misma universitaria, de donde se comunica a la cultura popular, a la economía y a la política. La cultura es desintegradora porque es cultura moderna y, en consecuencia, no parte de la realidad sino del hombre erigido como origen y meta de todo el universo.*”⁷

El núcleo originario. La Ciudad Católica en Argentina

[La Ciudad Católica] *llena un papel que puede ser fundamental como bisagra entre lo espiritual y lo temporal, papel de formación, de formación cívica para la contra-revolución; papel de acción: de acción ideológica por un orden social cristiano.* “La formación de los cuadros”. Verbo. Marzo 1961.

El 19 de mayo de 1959, bajo el auspicio de Georges Grasset, un grupo de católicos –visceralmente anticomunista– organizó la “Ciudad Católica” (en adelante, CC) en la Argentina. Su órgano articulador fue la revista Verbo, que comenzó a publicarse en Junio de ese año. Su centro de redacción estaba en Av. Córdoba 679, Capital, y su director era Mateo Roberto Gorostiaga. Según relató uno de sus fundadores, el núcleo originario se formó con Juan Carlos Goyeneche, Roberto Pincemin, Roberto Gorostiaga y el coronel Juan Francisco Guevara.⁸ ¿En qué medida estos sujetos respondían a las cualidades de una elite “natural”?

Doctor en Teología y Ciencias políticas, Grasset, miembro de la *Cité Catholique*, ha sido vinculado con la OAS (*Organisation Armée Secrete*), una organización paramilitar que empleó violentos métodos represivos en Argelia para mantener el dominio francés. En 1958, este teólogo llegó a la Argentina y, después de la formación de la CC, se trasladó a España, desde continuó con la tarea ramificadora del grupo.

El coronel Guevara, de firme personalidad y convicciones, en variadas apuestas políticas comunitaristas.⁹ Formado en el catolicismo restaurador, colaboró en el golpe de Estado de 1955 como lugarteniente de Lonardi, bajo cuya presidencia ocuparon

puestos de relieve distintas personalidades del nacional catolicismo.¹⁰ Sin embargo, desde fines de los años cincuenta, mientras se extendía el aura de la modernización económica y social, el accionar de los grupos católicos integristas debía repositionarse. Guevara realizó enormes esfuerzos para sostener su apuesta. Así, tradujo al castellano una obra central de Ousset, “*El marxismo leninismo*”, cuya edición argentina fue prologada por el cardenal primado y arzobispo de Buenos Aires, Antonio Caggiano. Esto no resulta una mera coincidencia, pues hubo ciertos lazos entre este prelado y la CC.¹¹ El mentado coronel también estrechó contactos con otros miembros de la jerarquía eclesiástica y de las FF.AA. con el fin de propagar la acción del grupo. En Córdoba, por ejemplo, “*sus primeras visitas fueron dedicadas al Jefe de la Guarnición Militar y a su Excelencia el Arzobispo de Córdoba, Monseñor Doctor Ramón Castellano*”.¹² Asimismo, mantuvo vínculos con Grasset y Ousset, y participó en un Congreso en Lausanne, Suiza, en 1965. En ese trayecto, hizo una escala en Madrid, a donde concurrió a una reunión prohijada por el “Instituto de Cultura Hispánica”, presidido en Buenos Aires por Juan Carlos Goyeneche. Este último fue un tradicionalista católico con un largo itinerario militante. En la década de 1930 participó en los Cursos de Cultura Católica, en publicaciones nacionalistas, y durante la Segunda Guerra Mundial realizó una misión en Europa, donde fue recibido por el general Franco, por Ribbentrop y por Mussolini. También fue profesor de Literatura castellana y de Historia de las Civilizaciones en las universidades de Buenos Aires y La Plata. Aunque llegó a ser funcionario de Perón, se desencantó con lo que visualizó como demagogia y por su enfrentamiento con la Iglesia. En 1955, Lonardi lo nombró Secretario de Prensa y Actividades Culturales.¹³ Su participación en la CC parece responder a su prestigio y a los contactos que mantenía, más que a su colaboración activa.

El ingeniero Gorostiaga, en cambio, tuvo un protagonismo claro. Católico fervoroso – hasta el punto en que promovió la consagración de la Argentina al “Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María”, concretada en 1969–, fue director de *Verbo* desde su aparición en 1959 hasta 1966, cuando quedó al frente de la Secretaría de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad (SEPAC), dependiente del flamante Ministerio de Bienestar Social. Tras su renuncia al cargo, en 1967, fundó la revista *ROMA*, saludada con beneplácito por *Verbo*, desde donde continuó su prédica. Junto con el ingeniero Roberto Pincemin, activo participante del grupo –incluso brindó hospedaje para que *Verbo* funcionara–, publicó la obra *Cogestión y Empresa*. Pincemin resulta una persona sumamente conspicua. Su ingreso en la argentina data en torno a 1947, cuando participó en una red de colaboradores belgas y franceses radicados en el país con el propósito de facilitar la llegada de antiguos colaboradores de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Ya asentado en el país, trabajó en la Sociedad *Camix*, situada en Córdoba 679, Capital, donde también registraba su dirección la revista *Verbo*.¹⁴

Durante los primeros tiempos de su afincamiento en el país, la publicación se caracterizó por su escasa o casi nula publicidad, la ausencia de notas firmadas por figuras del

país y la variación de su portada. En efecto, si entre 1959 y 1962 la misma era blanca y amarilla –símil bandera vaticana– con la inscripción “*En el principio era el Verbo*”, después de ese último año cambió por una tapa de un solo color y la inscripción “*Verbo. Instituto de Formación Cívica y Moral según el Derecho Internacional y Cristiano*”, tal como también se denominó el instituto presidido por Ousset en Laussane, Suiza, luego de su salida de Francia por conflictos políticos.

Los miembros de la CC afirmaban: “*oramos y luchamos para que Cristo reine en todos los órdenes de la vida social: empresas, cámaras gremiales, sindicatos, fuerzas armadas, en el cine, los diarios y demás medios de comunicación, en el mundo de la cultura y del deporte, en la escuela, la familia, los municipios, las universidades, la literatura, la ciencia, en el mismo poder político*”.¹⁵

Este tipo de alocuciones se encuentran de manera reiterada en *Verbo*, y corroboran lo dicho acerca de que la política cultural y educativa formaba parte ineludible de una propuesta global.

La tarea no se presentaba sencilla. Si bien esto salta a la vista por el carácter extemporáneo de la propuesta, los miembros de la CC traducían esta dificultad en términos del avance del proceso revolucionario mundial, cuya manifestación última era la ideología atea, materialista y pragmática, cerrada a la verdad y a toda trascendencia. De allí la necesidad de actuar en el terreno ideológico, cultural y educativo. Era perentorio, pues, presentar combate con una doctrina superior, en aras de establecer “*que las cosas son como son y que no depende de nosotros que sean de otra manera (... pues existe una) “verdad inmutable, que no cambia, que no evoluciona (ya que) las esencias son determinadas, y que los actos, los acontecimientos, son contingentes*”.¹⁶ Estos principios constituían pilares del orden natural –en tanto instituido por Dios–, por oposición a los valores revolucionarios fundados en la contingencia y pérdida de sentido del ser. Sólo en el hombre, en su conciencia, y a través de una educación que afanzara la inteligencia en la docilidad a “lo que es”, se podría derrotar definitivamente a los epígonos de la subversión.

Esta tarea no se circunscribía a los contenidos que pudieran impartirse en una institución educativa, sino que involucraba actitudes de respeto y sumisión a la autoridad por parte de los alumnos, así como también acciones dirigidas a vigilar y castigar, operando sobre las relaciones entre docentes y alumnos, entre los mismos alumnos, y entre estos y sus familias. En este sentido, la familia monogámica y patriarcal era realzada y, para ser más precisos, postulada como única forma de convivencia posible de acuerdo con el orden natural. A ella le era asignada, como veremos más adelante, un rol fundamental en tanto agente primario de impartición de normas y responsabilidades.

Por lo pronto, interesa señalar su apuesta a la imposición del orden en un contexto de creciente modernización cultural, relajamiento de pautas sociales y desarrollo de propuestas contestatarias desde sectores crecientes de la sociedad. En la Argentina, estas novedades, se expandieron sobre el telón de fondo de una creciente inestabilidad y crisis de legitimidad política, a las que la “Revolución Argentina” pretendió poner en caja.

Tiempo de despliegue: de la doctrina a la acción

Un apresuramiento o la falta de visión de conjunto puede prostituir toda una doctrina de restauración de la vida social, cuya implantación es tal vez la última oportunidad que tenemos los argentinos para organizar la nación conforme con el Orden Natural". "Revitalizar la vida municipal" Verbo 1966

Pocos golpes de Estado han sido tan metódicamente preparados como el del 28 de junio de 1966. Ya los años signados por la proscripción del peronismo, el influjo de la Revolución Cubana, los debates y políticas relativas al desarrollo –y su entronque con el imperativo de “la seguridad”–, concurren al clímax, realizado por una vasta campaña de prensa, de que sólo una mutación enérgica podía liberar al país de un declive fatal. La apelación constante al “cambio de estructuras” aludía a cuestiones diversas, que iban desde el afianzamiento del sector más concentrado de la economía, hasta el recambio del régimen político institucional.

En el consenso en torno a una “revolución salvadora” –liderada por un ejército profesionalizado que orientara a la nación por encima de sus facciones– confluyeron liberales, nacionalistas, sindicalistas, socialcristianos, tecnócratas y desarrollistas. Varios son los puntos de contacto entre esa apuesta y la de la CC. En principio, el anticomunismo y el cuestionamiento a la “partidocracia”. Pero también, en conjunción con la mirada militar y mesiánica de Onganía –aunque no de otros proclives al golpe–, el realce de los “valores naturales” de jerarquía y orden, la primordialidad de la familia, la necesidad de limitar la información “desinformante” y el papel del Estado, así como el ansia por una reestructuración de la comunidad en pos de nuevas formas de representación.¹⁷

Aunque las relaciones entre unos y otros no fueron sistemáticas y sólo se estrecharon en la antesala del golpe, la inserción de la Ciudad Católica –o de personas cercanas a su propuesta– en el primer equipo gubernamental es clara. También lo era la de otros núcleos confesionales. Al respecto, podemos señalar que la reconfiguración de la institución eclesiástica tras la caída del peronismo y el ímpetu de sus instituciones educativas a partir del triunfo de la denominada “educación libre”, brindó nuevas posibilidades de despliegue a la Iglesia. En efecto, en 1955, bajo la impronta católica nacionalista del gobierno de Lonardi, se promulgó un decreto que, en su artículo 28, consentía la creación de universidades privadas. Tres años después, el presidente Arturo Frondizi propuso la sanción y reglamentación de una ley que autorizaba la creación de estas casas de estudio y equiparaba los títulos emitidos por las universidades privadas y estatales. Así, al momento de producirse el golpe de Estado de 1966, estaba en condiciones de ofrecer al poder gubernamental equipos técnicos en los campos especializados de la economía, la sociología, la ingeniería, el derecho, la propaganda y las relaciones públicas. Según el periodista Gregorio Selser, sobre los 14 ministros, secretarios y subsecretarios de Estado, diez eran del *Opus Dei* o habían sido sugeridos por organiza-

ciones como *Verbum* –es decir, Ciudad Católica– o el más moderno y aperturista CIAS. Todo ello denotaba una gama de tonalidades que iban desde el centro a la derecha ultramontana.¹⁸ Inmerso en esta problemática, Norberto Baruch Bertocchi denunció el vínculo entre las universidades católicas y el golpismo. En este sentido, marcó el tejido de una red de fundaciones privadas que, a la sombra de esas casas de estudio, dieron abrigo a las máximas figuras golpistas.¹⁹

En cuanto a la inserción de la CC, el coronel Guevara fue nombrado embajador en Colombia. Más allá de que para ese entonces hubiera tomado distancia del grupo, mantenía vínculos y desplegaba políticas en aras de concretar esa apuesta común. El general (R) Eduardo Señorans, afín al grupo aunque no fuera miembro pleno, fue designado director de los Servicios de Inteligencia del Estado. El industrial del vidrio Roberto Petracca quedó al frente del recién creado Ministerio de Bienestar Social, del que dependía la flamante Secretaría de Estado de Promoción y Asistencia de la Comunidad (SEPAC), cargo ocupado por Roberto Gorostiaga, hasta ese entonces director de *Verbo*.²⁰ El boletín, entonces, pasó a ser dirigido por el abogado Adalberto Zelmar Barbosa. Según la investigación de Bertocchi, este jurista colaboró posteriormente en la Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura (FECIC), que formaba parte del Instituto de Estudios Políticos (IEP) de la UCA, y donde eran habituales las tertulias de discusión y adoctrinamiento. Partícipe también de otro centro interdisciplinario vinculado con esa casa de estudios, Zelmar Barbosa mantuvo buenos vínculos con el Episcopado Nacional. Esta actuación, así como sus servicios en entidades privadas, tanto financieras como educativas (ha sido vicerrector de la Universidad Argentina de la Empresa –UADE– y profesor de la UCA) permiten visualizarlo como el tipo de personalidades que se manejan con habilidad en una red de fundaciones, centros de estudio y ámbitos de discusión política, en función del despliegue de un proyecto de poder. Por lo expuesto hasta ahora, es claro el espacio en donde adscribió o desarrolló este tipo de prácticas en su juventud.²¹

Educación: ¿Tradición, control, liberalización?

“cuanto más vigorosamente reine el orden jerárquico entre las diversas asociaciones quedando en pie este principio de la función supletiva del Estado, tanto más firme serán la autoridad y el poder social y tanto más próspera y feliz la condición de los negocios públicos.”. “El principio de subsidiariedad”. Verbo, agosto-septiembre de 1965

Apenas un mes después de producido el golpe de Estado, por medio de la ley 16.912, el Poder Ejecutivo Nacional estableció el fin de la autonomía universitaria. La reacción inmediata de la comunidad académica concluyó con una severa represión en la “noche de los bastones largos” y marcó el inicio tanto de un proceso de renuncias docentes como de la reaparición de grupos tradicionalistas, clericales y autoritarios en las universidades.

La Ciudad Católica, por su parte, tenía motivos para celebrar. La designación de Gorostiaga en la SEPAC fue precedida por la compra de un inmueble de tres plantas para CC –en Rodríguez Peña 1219, Capital– y pronto se amplió el volumen de páginas de Verbo, así como la publicidad. También se modificó el subtítulo de su portada, donde comenzó a aparecer la inscripción “Verbo. *Formación para la acción*”. En forma creciente, sus artículos se refirieron a la problemática nacional y las políticas a adoptar.

Un eje analizado por los articulistas refirió al principio de subsidiariedad estatal, al que suscribieron y propulsaron. Cabe señalar que esta orientación no era exclusiva del grupo en estudio, sino que de ella participaban numerosos núcleos católicos. Adriana Puiggrós marcó la impronta de este enfoque entre profesionales vinculados con la Acción Católica Argentina, quienes en 1956 expresaron nociones derivadas de la encíclica *Quadragesimo Anno*, la misma a la que se remitía la CC.²² Este documento pontificio realzaba el carácter supletorio del Estado en materia educativa, así como en todo orden de actividad referida al bien general, es decir, a lo público. La “Ley Nacional Orgánica de Educación”, impulsada en 1968 por el ministro José María Astigueta, llevaba impresa esa valoración subsidiaria y descentralizadora.²³ El anteproyecto de esta Ley fue elaborado por una comisión asesora compuesta en su totalidad por representantes del sector privado de la educación. Entre sus contenidos se señalaba el carácter supletorio o subsidiario de la acción del Estado en materia educativa, la reducción de la escuela elemental a cinco grados y el establecimiento de una escuela intermedia de cuatro años, sin carácter obligatorio. Por otra parte, en su aspiración a la unión en torno a los principios de la tradición occidental y cristiana para restablecer el orden dentro de la ley, Puiggrós observa una matriz ideológica que, luego, estará presente en la gestión de Llerena Amadeo, ministro de educación de Jorge Rafael Videla.

En 1967, mientras en el país se proyectaban mecanismos racionalizadores en el ámbito económico, laboral y educativo, Verbo comenzó a publicar una serie de notas tituladas “Noción del Estado en la economía social”, en la que se ensalzaba el principio de la subsidiariedad. Su autor era Carlos Alberto Sacheri. Este abogado, graduado en la Universidad de Buenos Aires, fue discípulo del padre Julio Meinvielle. Tras un período de estudio de filosofía en Canadá, donde obró como profesor, regresó al país en 1967 y estrechó su papel de redactor en Verbo. También fue Profesor titular de Filosofía y de Historia de las Ideas Filosóficas en la UBA y titular de Metodología Científica y de Filosofía Social en la UCA. Asimismo, actuó como Director del Instituto de Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, como miembro de la Sociedad Tomista Argentina, del Movimiento Unificado Nacionalista Argentina (MUNA) y del Instituto de Promoción Social Argentino (IPSA), que actuaba en forma articulada con el grupo “Ciudad Católica”. Asimismo, participó en múltiples publicaciones católicas integristas.²⁴

En sus notas, Sacheri sostuvo –a tono con los impulsos desarrollistas y tecnocráticos– que “*las autoridades públicas han descubierto asimismo cuan considerable es la incidencia*

del desarrollo cultural de un pueblo, en su ritmo de progreso técnico y económico".²⁵ Tras esta reflexión se visualiza el eco de la teoría del capital humano, según la cual los esfuerzos destinados a la educación constituyen una inversión a largo plazo. En principio, el correlato de esta consideración es que la educación sea vista como un aspecto de la realidad social susceptible de ser analizado y orientado de manera objetiva y científica en función de su productividad y eficiencia –marco en el cual se insertaba, por ejemplo, la actividad del Consejo Nacional de Desarrollo (CONADE) o la Carta de Punta del Este promovida por la Alianza para el Progreso ya en 1961–.²⁶ Inmerso en esta óptica eficientista, aunque con claro énfasis desestatizante, Sacheri agregaba: "El Estado se arroga una serie de funciones, muchas de las cuales no le competen en absoluto (...). *El Estado tiene además entre sus manos todo lo referente a la Seguridad Social, a la educación y a la salud de la población. Y para atender (mal) ésas y muchas otras actividades, emplea la exorbitante cifra de casi un millón de funcionarios y empleados públicos (...). El problema surge al constatar que el bien individual de cada miembro de la comunidad y el bien de esta última como un todo, difieren formalmente entre sí*".²⁷ Según interpretaba Sacheri, al Estado sólo competía procurar el bien común de la sociedad política, mientras que no debía intervenir en la regulación de los bienes de cada individuo, es decir, de los que sólo podían ser poseídos y participados por una persona.

A partir de esta diferenciación y delimitación, el articulista señalaba, retomando la *Quadragesimo anno*, que el principio de subsidiaridad constituía una "una norma universal, de aplicación imprescindible para toda sociedad que anhele desenvolver sus actividades en constante progreso dentro del respeto cabal del orden natural".²⁸ Correspondía dejar a los particulares y a los grupos de rango inferior las atribuciones que pudieran desempeñar satisfactoriamente por su propia iniciativa y responsabilidad, en tanto que los grupos de mayor jerarquía "tienen por única finalidad el ayudar a los particulares y a los grupos inferiores, supliéndolos en lo que ellos no puedan realizar por sí mismos".

Queda por ver, ahora, el ángulo con el cual se abordaba el tratamiento de los bienes comunes, es decir, los pasibles de ser poseídos y participados por el común. Por ejemplo, cuestiones tales como la virtud, el orden o la cultura. Pero es evidente que estos bienes son de carácter espiritual, superiores por definición –desde el punto de vista católico integrista de la CC– a los temporales. Las notas de *Verbo*, entonces, ponderaban a la Iglesia en su capacidad regulatoria del conocimiento, la educación y los valores, a la vez que demarcaban y limitaban la intervención estatal. La siguiente pregunta cuasi-retórica sintetiza la argumentación: "¿Pero cómo puede el Estado tomar decisiones en lo relativo a la vida intelectual, al desarrollo de las ciencias y a los sistemas de enseñanza, cuando su campo específico de acción es la vida activa? ¿No equivale ello acaso a firmar que lo inferior regula y dirige lo superior?"²⁹

Bajo este aura integrista, según la cual los valores espirituales cristianos tienen preeminencia sobre los materiales y mundanos, un lector distraído podría considerar entonces que el Estado no tiene asignado ningún tipo de rol en materia educativa e

intelectual. Sin embargo, Sacheri ponderaba que *“En cuanto éstas forman parte del bien común político, el Estado debe protegerlas y favorecerlas al máximo. Pero por otra parte, dado que se trata de una función superior a su propio ámbito, no puede juzgar adecuadamente de tales materias”*. Es decir que el gobernante puede propulsar la enseñanza de ciertas disciplinas fundamentales, pero la determinación de sus contenidos excede el marco de sus atribuciones. Por ende, debe hacerse asesorar constantemente por los expertos en cada disciplina y aplicar sus conclusiones en la elaboración de un sistema educativo integral. Vemos entonces el modo con que la intervención y poder de veto de la autoridad competente, superior, espiritual, es decir la Iglesia según era interpretada por la CC, quedaba plenamente legitimada.

Agentes y funciones

Corresponde ahora examinar quiénes son los encargados de la delicada tarea de educar y cuál es su campo de acción y su responsabilidad específica. (...) distinguir tres agentes principales: la familia, la Iglesia y el Estado. A estos cabe agregar para completar la nómina los grupos intermedios, es decir, aquellas instituciones o asociaciones existentes entre las familias y el poder público. Estado y educación. Verbo. julio 1968

En tanto se sostiene la actividad supletoria del Estado con respecto a las iniciativas de los particulares, así como la función neurálgica de la educación, resulta nodal delimitar las atribuciones de cada uno en función de lograr la postulada integración social.

El análisis de Sacheri parte de la familia, considerada como célula primigenia, arraigada en la naturaleza humana. Corresponde a ella, pues, el asumir la responsabilidad de asegurar la primera educación de los hijos. Máxime que ellos pertenecen, primeramente, a los padres, lo cual entraña la responsabilidad de los progenitores. En cuanto inscripta en el orden natural, *“La familia tiene el rol de fundamento y principio del orden social; de ahí surge su anterioridad, con relación a la sociedad. (...) El respeto debido a la familia, en su doble carácter de principio del orden social y de insustituible agente educativo”*.³⁰

En cuanto a los cuerpos intermedios, en *Verbo* se señala la idoneidad de los colegios profesionales, así como de las entidades técnicas, patronales, sindicales, entre otras, para desempeñar un papel activo en la capacitación de sus respectivas actividades. No resulta casual que la CC realce el funcionamiento de estos espacios, considerados como los medios aptos para lograr una efectiva integración social basada en lazos armónicos y de cooperación, por fuera del desgarramiento disolutor a que la sociedad estaba siendo sometida en virtud de su atomización.

Con respecto a la Iglesia, si alguna duda queda sobre su primordialidad, Sacheri recuerda que *“La educación cristiana tiene por objeto y por finalidad la formación del hombre nuevo, renacido por el bautismo, para hacer de él un perfecto cristiano (...) la Iglesia aparece revestida de un mandato divino para educar a los hombres (...) en todo aquello que*

hace a la salvación de las almas".³¹ El ejercicio de la misión educativa de la Iglesia, gracias a cuya tarea las personas encuentran el camino trascendente y la verdadera libertad –entendida como la actuación responsable para la realización del destino temporal y la preparación del destino eterno–, legitima su desenvolvimiento e intervención terrena.

¿Qué papel queda para el Estado? Hasta ahora reseñamos el establecimiento de disposiciones para que se impartan ciertas materias y el generar las condiciones propicias para su implementación, así como también para la regulación eclesiástica. Pero también debe realizar una acción de estímulo, de control, de coordinación, aunque no la de enseñar por sí mismo. En todo caso, puede crear, al margen del sector privado, un sector público de enseñanza, para garantizar el acceso a los sectores de menores recursos de la población. *"Pero tales actividades deben ser siempre encaradas con un criterio de ayuda supletoria"*.

De lo reseñado surge con claridad, a nuestro entender, un discurso legitimador de la segmentación del sistema educativo, basado en circuitos diferenciados en función de la posición social y económica que se posea.

Pero, sin problematizar este corolario, Sacheri estipulaba y precisaba las áreas en las que el Estado estaba facultado para intervenir para desarrollar sus tareas. Así, resultaba lícito que participara en la educación intelectual y técnica de los empleados de la administración pública, así como también en la educación moral y la educación cívica. *"En lo que respecta a la educación moral, el Estado tiene una función importantísima e indelegable. La promoción y el mantenimiento de un elevado índice de moralidad pública (...) La vigilancia de las costumbres, (...) de los espectáculos públicos, sobre la difusión de las ideas (...) vigilancia sobre todo aquello que pueda socavar los fundamentos mismos del orden social. En la misma línea se encuentran la represión de todas las formas del delito, la prostitución, la violencia, el tráfico de drogas, el alcoholismo, etc."*

Tarea de vigilancia, de represión de costumbres "asociales", de control de hábitos y actitudes, de supervisión moral. Huelga aclarar que, en este cometido, estaba implícito el asesoramiento de quienes tenían clara noción de la "verdad", de la pureza y del recto comportamiento. Y por fuera de estas atribuciones, el Estado quedaba relegado a un papel auxiliar.

También resulta interesante señalar que, junto a esta propuesta ultramontana justificada en nombre de valores trascendentes, la CC defendía el derecho de propiedad en que se funda el sistema económico capitalista, tal como aparece en la doctrina social de la Iglesia. Sostenía, así, que: *"Lo malo en el capitalismo no son los principios en él contenidos, sino los abusos cometidos por él: mejor aún, lo malo es el orden político social que permite por lo menos, si no favorece tales abusos"*.³² El corolario de este diagnóstico era, pues, la culpabilización del orden político-social que atomizaba la sociedad, introducía la competencia entre los hombres y alteraba los fundamentos armónicos del orden social. Estas argumentaciones respondían de manera plena a la perspectiva de análisis selectivo adoptado por el grupo analizado. Así, erigiéndose en defensores y únicos

intérpretes de la palabra papal, renegaron de la apertura deliberativa generada a partir del Concilio Vaticano II y rechazaron muchos de sus corolarios.

El discurso de la CC articulaba dos concepciones contrapuestas. Por una parte, rechazaba la organización partidaria –montada sobre la actuación consciente de los sujetos en la sociedad política–, argumentando que ella fragmentaba el tejido social. Por otra parte, defendía la subsidiariedad estatal, sosteniendo que ella estimulaba la libertad, la autonomía y la responsabilidad individual. Pero, más allá de esta operación discursiva, también nos interesa señalar que la segunda de estas nociones abría un puente de comunicación con los liberales. Por caminos diferentes, ambos demarcaban la intervención estatal, aunque diferían en sus conclusiones e idearios. Mientras los liberales exaltaban al individuo competidor, CC exaltaba al individuo integrado en las corporaciones.

Masificación, desnaturalización y subversión

...cuán desastrosa ha sido para el occidente cristiano la difusión del indiferentismo liberal-laicista, que alejó de las conciencias la preocupación por esos interrogantes básicos de la existencia humana (...) Una juventud “quemada” se vuelca al nihilismo como sistema (...) estos hechos de violencia desatada son el fruto de una ofensiva marxista, de tipo preferentemente maoísta. “Juventud y subversión”. Editorial Verbo. julio 1968

Los movimientos estudiantiles de 1968 –en Francia, Estados Unidos, México, entre otros– no hicieron más que confirmar, a los miembros de la CC, las secuelas deletéreas de la creciente secularización. En su perspectiva, la falta de certidumbres, derivada del agnosticismo y del alejamiento de las verdades instituidas de una vez y para siempre, hacían eclosión en la edad juvenil, momento crítico de búsqueda y discernimiento entre lo que es y lo que no es. Pero el mundo contemporáneo solo brindaba palabras, *slogans*, mitos vacuos. La inseguridad, rebeldía e intemperancia propia de los años mozos, entonces, los tornaban una presa fácil de cualquier promesa seductora. Máxime si las condiciones institucionales en que los jóvenes se desenvolvían compelián al deterioro de las jerarquías y de los principios de orden y autoridad.

Ahora bien, lejos de una actitud escéptica, la CC ahondaba en los medios que habían posibilitado la escalada del estallido universitario, con el propósito de enfrentarlos y librar el combate que, a su juicio, los tiempos demandaban. Ello se observa con claridad en la serie de artículos aparecidos en el número que *Verbo*, en julio de 1968, le dedicó a la problemática.

Recordemos que, para ese entonces, la explosión matricular en los diferentes niveles de escolarización, y particularmente en los niveles medio y superior, no sólo se apoyaba en una ola económica expansiva y en una creciente democratización del bienestar, sino también en un imaginario nutrido en una enorme fe en el sistema educativo como

factor de movilidad social y vehiculizador del progreso.³³ Desde el ámbito empresarial, a su vez, también se avizoraba al apoyo educativo como una inversión a largo plazo en capital humano. Todo un proceso general, pues, tendía a ampliar la matrícula universitaria. Pero si bien ese proceso abría perspectivas estimulantes, también generaba dudas, temores y problemas. Entre ellos, los derivados de la visualizada pérdida de disciplina y respeto por la autoridad tradicional. ¿Cómo se posicionaban los redactores de *Verbo* frente a estas transformaciones?

Según su colaborador norteamericano Thomas Molnar,³⁴ la masificación de la vida universitaria deterioraba el nivel de los profesores y en la calidad de la enseñanza. “*Es más fácil a un profesor y a una clase inadecuadamente preparados en tal disciplina discutir “informalmente” los asuntos del mundo en general que consagrarse (...) a cualquier otra materia*”.³⁵ Su núcleo de análisis giraba en torno a los efectos decadentistas causados por la “inflación” del número de estudiantes, que terminaba desvirtuando la función de las casas de altos estudios en su capacidad para instruir y formar a las clases dirigentes.

Entre los fenómenos más inquietantes, Molnar señalaba “*el comienzo de una toma de poder en el interior de las Universidades por parte de los estudiantes*”, así como también el hecho de que el gran número de estudiantes constituía una “*tentación para los agitadores políticos, que tienen, entre estos estudiantes futuros electores, un público fácil de impresionar, influenciar, persuadir*”. Los efectos conjuntos de la explosión de la matrícula y de la impronta de los “*mass media*”, que potenciaban el impacto de las protestas, llevaban a que “*La Universidad es erigida así en cima de la conciencia moral de la humanidad*”. En América Latina, además, el incremento de los estudiantes de extracción popular y la autonomía jurisdiccional universitaria, creaba un clímax propicio para que estas instituciones se convirtieran en “*plazas fuertes, arsenales de armas ligeras*”.

Frente a un panorama tan sombrío, Molnar avizoraba dos posibles soluciones. La primera consistiría en “*crear ‘contra Universidades’ serias donde las materias y disciplinas sean de nuevo debidamente honradas, donde se cursen estudios serios en vez de ‘comprometerse’*”. A posteriori habría que situar a los graduados de estos colegios en los puestos universitarios, realizando otra “*toma de poder*” en las universidades, pero efectuada por los hombres instruidos”. La segunda solución, en cambio, requeriría una simple toma de conciencia en los sectores dirigentes, para que se percataran de que “*la población universitaria (...) resulta cada vez más inutilizable, intelectual y moralmente desviada, y profesionalmente inestable*. Hará falta, entonces, retirar su prestigio a la enseñanza universitaria y descubrir nuevos medios para canalizar y desarrollar los talentos y las buenas voluntades”.³⁶

Con una mirada menos exaltada, otras notas de *Verbo* analizaron el derrotero de la Universidad en la Argentina e impulsaron acciones concretas para enfrentar las disyuntivas del presente. Como cabría esperar, situaban el comienzo de los males en las políticas adoptadas poco después de la emancipación colonial, cuando los gobernantes tomaron en sus manos toda la gestión educativa. En ese momento se estableció una

estructura centralista, sin considerar “los derechos y responsabilidades propias de los otros agentes naturales de la educación: familias, cuerpos intermedios e Iglesia”.³⁷ Desde el momento mismo en que este centralismo educacional se realizó en oposición abierta o larvada a la enseñanza católica, la mentalidad en que se inspiró “*destruía de un mismo golpe dos derechos fundamentales: la libertad religiosa (odiada por el laicismo), y los derechos de las familias y los municipios (enemigos del estatismo)*”. Al respecto, podríamos acotar, nuevamente, que si bien esta propuesta apuntaba en términos discursivos a reinstalar una visión trascendente de la vida, en los corolarios de su implementación – que implicaba una centralización normativa y descentralización operativa–, así como en la asignación de un papel subsidiario al Estado, tenía puntos de contacto con los propuestas efectuadas desde otras miradas católicas y tecnocráticas.

En cuanto al proceso que, según la mirada de los articulistas de Verbo, había contribuido a la desvirtuación de la vida universitaria, el gran viraje se situaba en la Reforma de 1918. Ya en una nota previa, habían sostenido que “Al suprimir la búsqueda de la Verdad y del saber, (...) la Reforma suprimía de hecho el medio adecuado del estudio, sustituyéndolo por la acción y creaba una atmósfera de lucha y de violencia (...) Las elecciones daban apariencia democrática a lo que era un simple ejercicio de táctica marxista (...) La asistencia libre no tenía ningún sentido pedagógico (...) Era el arma para someter al profesor a quien se mantenía constantemente jaqueado con la amenaza del ausentismo.”³⁸ En base a este diagnóstico, resultaba imperioso echar por tierra los principios reformistas y reintroducir en los estudios superiores la búsqueda de la “Verdad”. Para ello, la intervención decretada por Onganía constituía una primera interrupción “–aunque no del todo perfectamente– de la “escalada hacia el poder” universitario que habían iniciado los reformistas liberales de izquierda en 1955”.³⁹ La disolución de los consejos, la prohibición de la actividad política de los centros estudiantiles, la anulación de la autonomía, pues, abría el camino “hacia la restauración del espíritu universitario en todo el país”. Sin embargo, se advertía en Verbo, la suspensión del conflicto no debía ser causa de adormecimiento en quienes buscaban la restitución de su cauce natural a la Universidad.

Convencidos de que el combate se libraba en todos los frentes y en cada uno de ellos era preciso hacer penetrar la “Verdad”, “Faltaríamos a nuestra misión si nos limitáramos a “mostrar” la Doctrina, a contemplar la Verdad (...) nuestro objeto es hacer operable a esa Doctrina. De ahí nuestra preocupación por los grupos de trabajo que propiciamos en las distintas esferas de la vida social”.

Desde esta posición, pues, la CC apuntala la formación de grupos de trabajo en el ambiente estudiantil. A la vista de lo analizado hasta ahora, esta recomendación bien puede causar asombro. En efecto, hasta el momento no habían ahorrado tinta en su hincapié sobre la obligación exclusiva de estudiar que le competía al alumno. Pero ahora, en una nueva resignificación o vuelta de tuerca, señalaban que ese deber no significaba mantenerse “asépticamente” al margen del contexto que lo rodeaba. Y reco-

nociendo las dificultades que demanda la empresa propuesta, concluían señalando que “no se trata de crear nuevos movimientos estudiantiles sino de influir en los existentes que más se aproximen a la buena Doctrina”.

Reflexiones finales

Desde mediados de los años cincuenta, cuando se inició un largo ciclo de inestabilidad política en el país, fue adoptándose y tomando forma la Doctrina de la Seguridad Nacional, que identificó un enemigo social, político e ideológico con muchos rostros y brazos, que actuaba en distintos terrenos y con variados métodos y formas organizativas. Coincidimos con Vicente Palermo y Marcos Novaro cuando sostienen que una de las agrupaciones claves en este sentido fue la “Ciudad Católica”, cuya revista *Verbo* se difundió en los cenáculos de la derecha y los cuarteles. En un momento posterior, la inscripción de los conflictos sociales y políticos en el marco de una “guerra global” permitió que se conciliaran, aunque más no fuera en la trinchera desde la que las Fuerzas Armadas se batirían contra la “subversión apátrida”, el integrismo católico, el desarrollismo, el tradicionalismo y el liberalismo. Más precisamente, a través del cristal que proporcionaba la guerra contrarrevolucionaria, esos componentes se fueron redefiniendo y radicalizando.⁴⁰ En esta línea argumentativa, Delfina Doval sostiene que la gestión del último gobierno militar orientó el espacio de integración simbólica del discurso autoritario en torno a dos áreas neurálgica. Por una parte, la guerra antisubversiva y la seguridad, que articuló el horizonte temático del orden –y la represión– y en donde los dispositivos educativos tuvieron un lugar clave, y por otra parte las reformas en el campo económico, centradas en el ideario del mercado, en torno al cual se eslabonó el horizonte del progreso, la modernización y la satisfacción.⁴¹

En esta contribución, sin embargo, interesó rastrear la génesis de uno de los grupos que, integrado en un conjunto mayor, fue construyendo y redefiniendo un discurso contrarrevolucionario y un llamamiento a la concreción de prácticas autoritarias, represivas y sumamente celosas de la formación de las conciencias. De allí la importancia neurálgica asignada al proceso educativo en un sentido integral. La atención brindada a esta área formativa –en sus múltiples dimensiones– se entiende también en la interacción entre su percepción de los males a combatir, situados en un plano ideológico, cultural y valorativo inmanente al hombre, y el alto grado de secularización alcanzado en la sociedad argentina de la década de 1960, que tornaba aún más problemático ese abordaje. De hecho, la intervención abrupta de las Universidades realizada en los comienzos de la “Revolución Argentina”, los proyectos de reforma educativa y la rebeldía estudiantil pusieron sobre el tapete la magnitud de la conflictividad existente y reforzaron en el grupo su convicción relativa a la centralidad de esta problemática.

El estudio de la “Ciudad Católica” y el abordaje de su propuesta educativa durante el onganiato, entonces, constituye un punto de intersección para analizar el modo en

que definieron y significaron los “males” centrales del período, y el reposicionamiento y rearticulación del grupo en función del contexto atravesado. Por otra parte, el análisis de este grupo permite reflexionar sobre los puentes y vasos comunicantes existentes entre distintas ópticas y discursos, y sobre el modo en que se articulan en distintas coyunturas. Aún así, en un estudio posterior cabe continuar investigando los cruces entre las propuestas de Verbo y de otros círculos políticos e ideológicos y el modo en que se articularon con diversos actores, discursos y prácticas que, aun con fundamentos disonantes al integrismo, encontraron medios comunes en pos de apuestas y prácticas autoritarias, represivas, descentralizadoras, desreguladoras y privatistas que, con distinto peso, a la postre tuvieron eco en el país.

Notas

¹ Sobre la Guerra contra-revolucionaria y la implementación de la Doctrina de Seguridad Nacional en la Argentina, véase López, E. (1987): *Seguridad nacional y sedición militar*, Legasa, Buenos Aires; Mazzei, D. (2002): “La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la guerra sucia, 1957-1962”, en: *Revista de Ciencias Sociales*, Universidad Nacional de Quilmes; Robin, M. M. (2005): *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*. Sudamericana, Buenos Aires.

² El término integrismo puede retrotraerse al catolicismo integralista e intransigente que se difundió después del Concilio Vaticano I, en 1870. El mismo se aferra a una unidad dogmática y pretende ser un catolicismo aplicado a todas las esferas y necesidades de la sociedad contemporánea. Así, considera que en materia de compromiso temporal, el cristianismo tiene un contenido absolutamente determinante, que debe imponer al hombre sus formas en todos los campos. En este sentido, la única moral posible es la que se deduce rigurosamente del catolicismo tal como lo emanan las máximas jerarquías. En el caso argentino, este modelo de Iglesia y de catolicismo primó hasta el Concilio Vaticano II, entre 1962 y 1965. Inmersos en esa visión, los llamados *integristas católicos* negaron la historicidad o, más bien, se detuvieron en una etapa pasada: la Edad Media. Rechazaron la menor innovación incluso dentro de la Iglesia y se reconocieron como los auténticos defensores de la tradición. Véase Touris, C. (2005): “Post Scriptum: Algunas precisiones respecto del uso del concepto de Integrismo y su aplicación al caso del MSTM”, Mimeo y Quagliani, A. (1981): “Integrismo e integralismo”, en Bobbio, N. Y Matteucci, N: *Diccionario de política*. Siglo XXI, México, Vol. A-J.

³ *Mikael* fue una publicación del Seminario de Paraná, Entre Ríos. Su obispo, monseñor Adolfo Tortolo, fue nombrado vicario castrense durante el gobierno de Onganía. También fue presidente de la Conferencia Episcopal Argenti-

na (CEA). La revista *Cabildo* se caracterizó por su impronta reaccionaria, nacionalista y católica, en tanto la *Nueva Provincia* es un periódico de Bahía Blanca. Más información en Beraza, Luis F. (2005): *Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983)*. Cántaro-Ensayos, Buenos Aires.

⁴ Grasset habría sido confesor de los generales Salam, Challe y el mariscal Junin. Selsler, G. (1986): *El Onganiato. Tomo I. La espada y el hisopo*, Hyspamérica, Buenos Aires, pp. 226; Robin, M. M., Op. Cit. Cap. 11.

⁵ Véase Quagliani, A. (1981): “Integrismo e integralismo”, en Bobbio, N. Y Matteucci, N: *Diccionario de política*. Siglo XXI, México, Vol. A-J.

⁶ *Verbo*, Número 43, agosto, 1964.

⁷ Meinvielle, Julio: “Desintegración de la Argentina y una falsa integración”. Conferencia brindada en la Ciudad de Córdoba el 1º de diciembre de 1972.

⁸ Entrevista inédita del Lic. Daniel Mazzei al coronel (R) Francisco Guevara, en 1992.

⁹ En 1962 fundó el movimiento *Fuerza Nueva*. En 1965, lo reorganizó en el *Movimiento Nacional Comunitario*, lo que motivó su alejamiento de la CC, cuya meta era trabajar para la formación de cuadros sin participar en apuestas visibles. Durante la última dictadura militar en Argentina, Guevara sostuvo que fue asesor del Gral. Ramón Genaro Díaz Bessone en el Ministerio de Planeamiento. Entrevista de D. Mazzei.

¹⁰ Zanatta emplea esta categoría para referirse al núcleo ideológico que sostenía un autoritarismo católico, corporativista, antiliberal, antisocialista, y realzaba el ideal de armonía social, conjugado en una doctrina orgánica. Ese corpus se habría construido en base a la superposición entre catolicismo y nacionalidad. Zanatta, L. (1996): *Del Estado liberal a la nación católica*. Universidad de Quilmes, Bernal.

¹¹ *Verbo* reprodujo una Carta Pastoral del prelado, en cuyas palabras se denota un anticomunismo fervoroso. *Verbo*, N° 19, Diciembre 1960, pp. 25-39. Unos meses después, el boletín anunció que este arzobispo presidiría la misa de la Tercera Jornada de “La Ciudad Católica”, a realizarse el 1º de octubre de 1961. *Verbo*, Julio, 1961, pp.1.

¹² *Verbo*, Julio 1961, pp. 41-44.

¹³ Goyeneche participó en publicaciones nacionalistas como *Sol y Luna*, publicada entre 1938 y 1940, vehículo de promoción del franquismo y el hispanismo. Esta actividad también la realizó a través del “Instituto de Cultura Hispánica” en Buenos Aires, desde donde se promovían viajes y becas a la “madre patria” en contacto con sus círculos integristas. Sobre su trayectoria, véase Buchrucker, C. (1987): *Nacionalismo y peronismo: La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Sudamericana, Buenos Aires, pp.

183; Zanatta, op. Cit, pp.283; Lewis, P. (2001): “La derecha y los gobiernos militares, 1955-1983”, en AA.VV.: *La Derecha Argentina, nacionalistas, neoliberales, militares y clericales*. Vergara, Buenos Aires, pp. 329-330 y Girbal-Blacha, N.: “Armonía y contrapunto intelectual: Dinámica Social (1950-1965)” http://www.argiropolis.com.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=173&Itemid=33

¹⁴ Véase Quattrocchi-Woisson, D. (2005): “Relaciones con la Argentina de funcionarios de Vichy y de colaboradores franceses y belgas, 1940-1960”, en *Informe Final CEANA* (Comité para el Esclarecimiento de las Actividades Nazis en la Argentina).

¹⁵ *Verbo*, N° 48, Marzo, 1965, pp. 3-10.

¹⁶ *Verbo*, N° 4, Agosto, 1959, pp. 6-25.

¹⁷ Altamirano, C. (2001): *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Ariel, Buenos Aires; Romero, L. A. (2001): *Breve Historia Contemporánea de la Argentina*. F.C.E, Buenos Aires; Rouquié, A. (1988): *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. T. II. Hyspamérica, Buenos Aires.

¹⁸ Selser, G. T. I. Op. Cit., pp. 26, 27 y 32.

¹⁹ Baruch Bertocchi, N. (1987): *Las universidades católicas*. CEAL, Buenos Aires.

²⁰ La ley de ministerios del 24 de septiembre de 1966 redujo los existentes de ocho a cinco. Entre éstos, creó el de Bienestar Social, que incluyó cuatro áreas, entre ellas, Promoción y asistencia de la comunidad. Rouquié, Op. Cit, pp. 267-268. Petracca tenía vínculos con Grasset y Gorostiaga. Selser, G.: T.I Op. Cit, pp. 226.

²¹ En la actualidad, obra como un miembro activo (en 1998, Director Ejecutivo) de la Asociación de Ejecutivos de Bancos de la República Argentina (ABRA), de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), donde fue vicerrector, y de la UCA, donde se desempeña como profesor titular de Ciencia Política. También tiene una larga trayectoria como pintor. *Clarín*, 22 de mayo de 1997; Baruch Bertocchi, N.: Op. Cit., pp. 55- 56.

²² La Encíclica *Quadragesimo Anno*, de 1931, durante el pontificado de Pío XI, se emitió en el contexto de crisis del ideario liberal y despliegue del régimen fascista en Italia, tenía una fuerte base corporativista. Esta encíclica, junto con la *Rerum Novarum*, de 1891, sentó la base de la doctrina social de la Iglesia. Puiggrós, A. (1997): “Espiritualismo, Normalismo y Educación”, en Puiggrós, A. (Dir.): *Dictaduras y utopías en la historia reciente de la educación argentina (1955-1983)*, Galerna, Buenos Aires, pp. 48-50.

²³ Ver Braslavsky, C. (1980): “La educación argentina (1955-1980)” en *Primera Historia Integral* N° 63, CEAL, Buenos Aires.

²⁴ Fue autor de *Necessite et Nature de la Deliberation* (Quebec, 1968), de *La*

Iglesia Clandestina (Buenos Aires, 1970) donde denuncia al “progresismo” como una versión actual del modernismo, y de *La Iglesia y lo Social* (Buenos Aires, 1974), trabajo que alcanzó más de cinco ediciones con el nombre de *El Orden Natural* y el prólogo de monseñor Adolfo Tortolo. Murió asesinado por la célula guerrillera 22 de agosto el 22 de diciembre de 1974. Ver referencias sobre Sacheri en *Prudentia Iuris. Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires*, N° 38, agosto 1995; Beraza, L. Op. Cit. Cap. 8; y www.geocities.com/tomistas/sacheri.htm

²⁵ *Verbo*, N° 82, julio 1968, pp. 8-22.

²⁶ Braslavsky, C., Op. Cit., pp. 282.

²⁷ *Verbo*, N° 75, octubre 1967, pp. 6-14.

²⁸ Esta referencia y la siguiente, en *Verbo*, N° 76, noviembre 1967, pp. 17-29.

²⁹ Esta cita, al igual que las dos siguientes, aparecieron en *Verbo*, N° 82, julio 1968, pp. 8-22.

³⁰ *Ibid.*

³¹ *Ibidem.* También las dos citas siguientes.

³² *Verbo*, N° 67, diciembre 1966, pp. 4-9.

³³ Véase Hobsbawm, E. (1995): *Historia del Siglo XX*. Crítica, Barcelona, pp. 297-304 y Southwell, M.: “Algunas características de la formación docente en la historia educativa reciente. El legado del espiritualismo y el tecnocratismo (1955-1976)”, en Puiggrós, A. (Dir.), Op. Cit., pp. 120-122.

³⁴ Molnar era redactor de las revistas *Triumph* –publicación coincidente con los intereses de CC– y *Nacional Review*.

³⁵ *Verbo*, N° 82, julio 1968, pp.23-30.

³⁶ *Ibid.* El destacado es del original.

³⁷ *Ibidem.* También la cita siguiente.

³⁸ *Verbo*, N° 43, agosto, 1964.

³⁹ *Verbo*, N° 82, julio 1968, pp. 8-22. También las tres citas siguientes.

⁴⁰ Novaro, M. Y Palermo, V. (2003): *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de estado a la restauración democrática*. Paidós, Buenos Aires.

⁴¹ Doval, D.: “La cruzada restauradora en la educación. Uniformizar, descentralizar y moralizar”. *XIII Jornadas Argentinas de Historia de la Educación*. Buenos Aires, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004.

Bibliografía

- Altamirano, C.** (2001): Bajo el signo de las masas (1943-1973), Ariel, Buenos Aires.
- Baruch Bertocchi, N.** (1987): Las universidades católicas, CEAL, Buenos Aires.
- Beraza, L. F.** (2005): Nacionalistas. La trayectoria política de un grupo polémico (1927-1983), Cántaro-Ensayos, Buenos Aires.
- Braslavsky, C.** (1980): "La educación argentina (1955-1980)" en Primera Historia Integral Nº 63, CEAL, Buenos Aires.
- Buchrucker, C.** (1987): Nacionalismo y peronismo: La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955), Sudamericana, Buenos Aires.
- Doval, D.**: "La cruzada restauradora en la educación. Uniformizar, descentralizar y moralizar". XIII Jornadas Argentinas de Historia de la Educación". Buenos Aires, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004.
- Girbal-Blacha, N.**: "Armonía y contrapunto intelectual: Dinámica Social (1950-1965)" http://www.argiropolis.com.ar/index.php?option=com_content&task=view&id=173&Itemid=33
- Hobsbawm, E.** (1995): Historia del Siglo XX, Crítica, Barcelona.
- Lewis, P.** (2001): "La derecha y los gobiernos militares, 1955-1983", en AA.VV.: La Derecha Argentina, nacionalistas, neoliberales, militares y clericales. Vergara, Buenos Aires.
- López, E.** (1987): Seguridad nacional y sedición militar, Legasa, Buenos Aires.
- Mazzei, D.** (2002): "La misión militar francesa en la Escuela Superior de Guerra y los orígenes de la guerra sucia, 1957-1962", en: Revista de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Quilmes.
- Novaro, M. y Palermo, V.** (2003): La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de estado a la restauración democrática, Paidós, Buenos Aires.
- Puiggrós, A.** (1997): "Espiritualismo, Normalismo y Educación", en Puiggrós, A. (Dir.): Dictaduras y utopías en la historia reciente de la educación argentina (1955-1983), Galerna, Buenos Aires.
- Quagliani, A.** (1981): "Integrismo e integralismo", en Bobbio, N. Y Matteucci, N: Diccionario de política, Siglo XXI, México, Vol. A-J.
- Quattrocchi-Woisson, D.** (2005): "Relaciones con la Argentina de funcionarios de Vichy y de colaboradores franceses y belgas, 1940-1960", en Informe Final CEANA (Comité para el Esclarecimiento de las Actividades Nazis en la Argentina).
- Robin, M. M.** (2005): Escuadrones de la muerte. La escuela francesa, Sudamericana, Buenos Aires.
- Romero, L. A.** (2001): Breve Historia Contemporánea de la Argentina, F.C.E, Buenos Aires.
- Rouquié, A.** (1988): Poder militar y sociedad política en la Argentina, T. II. Hyspamérica, Buenos Aires.
- Selser, G.** (1986): El Onganiato. Tomo I. La espada y el hisopo, Hyspamérica, Buenos Aires.
- Southwell, M.**: "Algunas características de la formación docente en la historia educativa reciente. El legado del espiritualismo y el tecnocratismo (1955-1976)", en Puiggrós, A. (Dir.), Op. Cit.
- Zanatta, L.** (1996): Del Estado liberal a la nación católica, Universidad de Quilmes, Bernal.

Publicaciones periódicas y electrónicas

Verbo 1959 - 1970

Roma 1967-1970

Clarín, 22 de mayo de 1997

Meinvielle, Julio: "Desintegración de la Argentina y una falsa integración". Conferencia brindada en la Ciudad de Córdoba el 1º de diciembre de 1972.

<http://www.zurbarangaleria.com.ar/expos/barbosa/barbosa.html>

<http://www.geocities.com/tomistas/sacheri.htm>